



*Tilly
en
Technicolor*

Mazey Eddings

FANDOM BOOKS

Tilly
en
Technicolor

Título original: *Tilly in technicolor*

1.ª edición: noviembre de 2023

© Del texto: Mazey Eddings, 2023

Publicado por acuerdo con St. Martin's Publishing Group, en colaboración con International Editors & Yáñez' Co. Barcelona. Todos los derechos reservados.

© De la traducción: Sara Bueno Carrero, 2023

© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2023

C/ Valentín Beato, 21, 28037 Madrid

www.fandombooks.es

Diseño de cubierta: Kerri Resnick

Ilustración de cubierta: Guy Shield

ISBN: 978-84-18027-89-5

Depósito legal: M-29321-2023

Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*Tilly
en
Tecnicolor
Mazey Eddings*

Traducción de Sara Bueno Carrero

FANDOM BOOKS

*Para todos los neurodivinos como yo, que se mueven
en un mundo que no está hecho para ellos.
Tenéis un cerebro maravilloso
y me alegro mucho de que estéis aquí.*

Capítulo 1
Bragas a tutiplén

—TILLY—

—**T**illy, ¿seguro que llevas suficiente ropa interior? Miro fijamente el montón de ropa interior que he metido a la fuerza en la maleta. ¿Me valdrá con treinta y nueve pares? ¿Y si me meo o me cago en las bragas varias veces al día durante los próximos tres meses? ¿Y si destrozo por completo la ropa interior, agujereo la entrepierna de bragas y más bragas, por resistentes que parezcan, y de repente Europa sufre un desabastecimiento atroz de ropa interior?

—Tengo que estar preparada —le digo a mi madre, asintiendo, mientras pesco el último puñado de ropa interior del cajón.

Intento meterla en el bolsillo de la maleta, pero no entra sin cargarme las costuras, así que la amontoño sobre los seis paquetes de tampones que he guardado. De los extragrandes, porque yo nunca hago nada a medias.

—Bien que haces —dice mi madre, sonriéndome como si acabase de descubrir la cura para el hambre en el mundo—. Aún hay esperanza.

Su mirada y sus palabras hacen que me recorra la piel una áspera mezcla de vergüenza y rabia y se me pongan los pelos de punta. Me giro y me meto en el armario, haciendo como si estuviese

buscando unas deportivas, mientras trago saliva para deshacer el grito de frustración que me trepa por la garganta.

En momentos como este confirmo lo mucho que necesito que me cambie la vida. Tengo que marcharme de esta casa, bajarme del regazo de mi madre. Irme de Cleveland cagando leches.

Y precisamente por eso estoy haciendo la maleta: para huir.

Bueno, más bien para irme de viaje por Europa, financiado por mis padres, mientras ejerzo de sufrida becaria de mi hermana. Preferiría no dar más detalles del asunto.

—¿Has marcado en el calendario las llamadas? —me pregunta mi madre, en un tono desenfadado y muy entrenado que implica que cree que se me ha olvidado y que le va a decepcionar, pero no sorprender, que le demuestre que no se equivoca.

—Pues claro —miento.

Me cuesta obligarme a hacer cosas que no me apetecen nada de nada, y tener que llamar a mis padres mientras estoy de viaje es una de esas cosas.

Este viaje es un regalo combinado de cumpleaños y de graduación, con un plan lo bastante definido como para que mis padres aceptaran. Ellos me pagan el viaje a Europa y, a cambio, yo me pasaré los tres próximos meses recorriendo el continente con mi hermana, Mona, que acaba de fundar una pequeña empresa. Mi madre pretende verme en Londres los últimos días de viaje, que pasaremos juntas antes de volver a casa... probablemente pataleando.

Lo que pasa es que el viaje tiene sus pegas, como la llamada semanal a mis padres, en la que les diga lo mucho que estoy mejorando como persona y aprendiendo y tal y cual.

La segunda pega es que, técnicamente, voy a ser la becaria de Mona, pero creo que esa es una etiqueta que me ha puesto mi padre porque tiene el sueño (es decir, la pesadilla capitalista) de que sus dos hijas se conviertan en unos magnates, unos pesos pesados de los negocios.

—Le he dicho a Mona que se ponga una alarma en el móvil para que te recuerde que te tomes la medicina. Pero también

te voy a escribir a ti para que no se te olvide —dice mi madre, cuyas palabras se me clavan en un punto débil entre las costillas.

—No se me va a olvidar, mamá —mascullo; me arden las mejillas.

El problema es que sí que tengo tendencia a que se me olvide tomarme las pastillitas que me ayudan con tareas básicas como acordarme de las cosas; una de las fantásticas paradojas del TDAH. Pero tampoco hace falta que mi madre involucre a mi perfecta hermana mayor en esta crisis infinita para hacerme sentir como una niña de dos años indefensa.

—Y, Tilly, haz el favor de hacer caso a Mona mientras estés fuera. Sé que sueles sumirte en tu mundo e ir a tu aire o concentrarte mucho mirando el portátil, pero ella sabe orientarse mejor que tú y el objetivo del viaje es que aprendas de la vida. No te conviene montar ninguna escena estando fuera.

En este punto, desconecto.

Sigo a espaldas de mi madre y cierro con fuerza los ojos, aprieto los puños y me muerdo el labio para contener la oleada de sentimientos. No me queda nada para marcharme.

Se van a acabar los débiles suspiros de decepción de cuando se me olvida hacer algo. Se van a acabar las miradas de cansancio y derrota —confirmación de una carga compartida— entre mis padres cada vez que me altero y se me escapan las emociones con la fuerza de una cascada, pero sin su belleza. Se va a acabar el comparar mis defectos y mis fracasos constantes con los inacabables éxitos de Mona, la perfecta.

Mona tiene cinco años más que yo y antes nos llevábamos fenomenal. Era mi mejor amiga, hasta que se fue a estudiar a la Universidad de Yale y nunca volvió a ser como antes. Cambió una personalidad divertidísima y unos vestidos largos y con vuelo por un montón de trajes de chaqueta y más jerséis con codearas de a los que debería tener derecho una sola persona. Cada vez que venía a casa en vacaciones, había cambiado algo. Era menos graciosa. Mucho más seria.

En vez de chismorrear conmigo sobre *Doctor Who* y *Supernatural*, empezó a hablar de la evolución del mercado con mi padre y de los cotilleos del barrio con mi madre.

Mi madre dice que ya es casi de Nueva Inglaterra. Y yo creo que en realidad es una estirada.

Como si no bastase con asistir a una de las mejores universidades del país (nada menos que en una carrera en administración de empresas, acabada antes de tiempo; mejor me callo), mientras estudiaba fundó su propia empresa, junto con una tal Amina como socia: una genio que estudiaba a la vez ingeniería y empresariales. El dúo ha desarrollado una marca de esmalte de uñas de lujo (perdón, de *luxury nail lacquer*, porque, al parecer, «esmalte de uñas» tiene menos clase) de lo más pijo, ecológico, sostenible, no tóxico y no sé cuántos clichés más.

Después de graduarse el año pasado y de conseguir capital inicial en un concurso de mujeres empresarias «muy competitivo» (que pasó a ser el único tema de conversación de mi padre, que no hablaba de otra cosa), Mona se mudó a Londres, ciudad natal de Amina, y las dos llevan allí desde entonces trabajando en la empresa.

La han llamado Ruhe, que es una palabra alemana que «no tiene traducción» y que significa ‘que no te importe nada’. Estoy segura de que la descubrió en un artículo de BuzzFeed sobre palabras extranjeras intraducibles. Una vez más, mejor me callo.

Mis padres podrían tranquilamente haberle montado un altar a Mona en el salón, de tanto que alaban sus logros.

—Anda, Tilly, no te enfades. No te estoy criticando —dice mi madre, dirigiéndose hacia donde me encuentro, acurrucada en el armario, con la espalda encorvada como un caparazón de tortuga. Me frota levemente la espalda entre los omóplatos y se me tensan los músculos—. Ya sabes que es tu TDAH el que te causa los problemas, no tú.

Mi madre habla de mi diagnóstico como si fuera una entidad independiente a mí, una especie de parásito que secuestra mi organismo y cambia quien soy.

—El doctor Alvarez dice que puede provocar impulsividad y temeridad. Solo quiero que seas consciente para que puedas superarlo —continúa mientras me acaricia la espalda en círculos, lo que hace que se me ponga la piel de gallina y el cuerpo se me estremezca. No me gustan las caricias.

Quiero gritar. Quiero estallar. Quiero decir: «Para, mamá. Para. Deja de contar todo lo que cambiarías de mí y de echarle la culpa a un diagnóstico».

El TDAH no me ha «cambiado», que es lo que dice mi madre. Soy así. Forma parte innegable de quien soy, igual que el pelo negro, los ojos grises y el caballete en el puente de la nariz. Lo tengo en el ADN, probablemente entre el gen del romanticismo y el alelo del sentido del humor subido de tono. Está dentro de lo que soy. No es ninguna enfermedad que se tenga que curar.

Me agacho y me escapo de su roce, poniéndome en pie y girando de la forma más extraña, con una patada como de bailarina contemporánea. Entonces me dirijo contoneándome hacia la puerta.

—¿Qué haces? —me pregunta mi madre, sentada en el suelo, con el ceño fruncido y mirándome confusa.

—Bailar de alegría —miento—. Es que tengo muchas ganas de irme de viaje —añado y camino penosamente hacia el rellano—. Y necesito comer algo.

Continúo mi danza improvisada mientras bajo las escaleras y dejo a solas a mi madre, para que probablemente proceda a anotar mi conducta errática. No sabe que conozco la existencia del cuaderno que le lleva al doctor Alvarez, en el que documenta ciertos momentos que luego le cuenta al doctor en las citas a las que no voy yo.

No soporto ese cuaderno.

Pero es verdad que a veces tengo tendencia a hacer cosas raras como esta. Cuando se me acumulan los sentimientos y me agobian, cuando me aprietan las articulaciones hasta que siento que se me van a romper, hago movimientos explosivos con mi cuerpo. Es que... me gusta moverme, sacarlo todo.

Sé que mi madre cree que es raro, como una especie de defecto en mi programación, pero ya he dejado de intentar esconderlo.

Puede que, si soy yo misma durante un tiempo, acabe dejándome en paz. Y por fin pueda ser yo.

Capítulo 2

¿Futuro? I don't know her

—TILLY—

—*a*unque sabemos que consideras este viaje unas vacaciones, no te olvides de que vas a ayudar a Mona y a aprender del negocio. También te animo a que emplees el tiempo libre para tareas educativas e informativas —dice mi padre mientras cambia de carril con cuidado en la autovía, de camino al aeropuerto—. Intenta aprender todo lo posible sobre la historia de los sitios que visites, para ganar en cultura.

La historia, ya. Porque mis doce últimos años de educación pública no se han centrado lo suficiente en la historia eurocéntrica. Qué tragedia que me hayan privado de ella.

—Y escribe todo lo que te pase —dice mi madre, que se ha vuelto en su asiento para sonreírme— para que no te olvides de nada.

Sonrío, esta vez de verdad, de forma auténtica. Porque es la primera vez que habla de lo que escribo de manera positiva. Me encanta jugar con las palabras y garabatear las letras hasta traducir sensaciones en expresiones.

He llenado cientos de cuadernos con mis ideas y me he perdido en las páginas pautadas, casi siempre para consternación de

mi madre, que se pone loca cada vez que me ve (con más frecuencia de la que me gustaría) despierta a las dos de la madrugada, con los ojos llorosos por no pestañear, la mano manchada de tinta y un diario en cuyas páginas he vertido mis sentimientos, sin haber acabado los deberes del día siguiente.

—Va a ser una experiencia perfecta para la solicitud de la universidad —continúa mi madre, que alarga el brazo hacia atrás para apretarme con cariño la rodilla.

Pero yo me aparto. Otra vez no.

—Sí, es perfecta —digo, toqueteándome los padrastrós— para quien quiera ir a la universidad.

Mi madre me mira con el ceño fruncido por un instante antes de volverse en su asiento.

—Aún puedes cambiar de opinión sobre los estudios —dice mi madre con una benevolencia forzada—. Puedes asistir a clases de formación profesional en otoño o incluso intentar acceder a un grado universitario en el segundo cuatrimestre. Tienes varias opciones, Tilly. No me gustaría que malgastaras tu potencial.

—Ya ni siquiera las carreras garantizan nada —añade mi padre, que me mira por el espejo retrovisor—. Vas a pasarlo mal toda la vida si no tienes estudios superiores.

—Ya. Total, ¿qué más dan la inmensa deuda para pagar la universidad y la gimnasia mental a la que voy a tener que someterme? —susurro para mí.

—¿Qué has dicho?

—Que sí, que vale, mamá.

Apoyo la frente contra la ventana. Hemos tenido esta misma discusión pasivo-agresiva más veces de las que recuerdo este último año.

No estoy hecha para la universidad, y punto.

He sacado notas mediocres en el instituto, pero he tenido que esforzarme tanto para sacar esas notas que casi me exprimo el cerebro. No había forma de que me concentrara en los números, las ecuaciones, los principios científicos y el nombre de tipos blancos muertos, porque, la verdad, ¿qué más da? Tener que estar sentada,

esforzándome por escuchar las parrafadas de los profesores, en ocasiones me causaba dolor físico. En cuanto dejaba por un momento de poner todas mis energías en concentrarme, mi cerebro se ponía unos patines y se largaba a pasear a tierras ficticias y a bailotear con las palabras, mientras mis manos, no sé cómo, les seguían el ritmo a mis ideas aleatorias y garabateaban con ferocidad en el cuaderno.

En más de una ocasión, ha habido profesores que me han llamado la atención por estar distraída y han conseguido humillarme delante de la clase al preguntarme si querría hacer el favor de volver al planeta Tierra en vez de seguir en dondequiera que estuviera. Siempre sentía el inevitable siseo de las risas de mis compañeros como un millar de agujas en la piel, mientras me goteaban por los poros la vergüenza y la humillación.

Hacía, por así decirlo, el mayor de los ridículos.

La única asignatura en la que no me sentía torturada era en Literatura Avanzada. Siempre era capaz de sumirme en las obras de otros. Por eso sé que quiero ser escritora. Quiero brincar entre metáforas y deleitarme en las hipérbolas. Quiero que la gente sienta, viva y disfrute gracias a mis historias.

Y quiero serlo sin tener que ir a la universidad.

Pero explicárselo a mis padres genera una reacción peor que si les contara que me dedico a reventar gatos a patadas por diversión. Y todo lo empeora el que Mona, la perfecta, estudiara en una universidad perfecta, y que fuera la mejor de su clase perfecta, y bla, bla, bla. Mona ha puesto el listón tan alto que ni siquiera lo rozo con la yema de los dedos, por mucho que salte y me esfuerce.

Por fin tomamos la salida de la autovía al aeropuerto y, cuando llegamos a mi terminal, me bajo del asiento de atrás como un perrete que acaba de llegar al parque. No puedo evitar brincar en mi sitio mientras observo el movimiento que me rodea, el rumor de las ruedas de las maletas sobre la acera y el sonido de las puertas automáticas que se abren y se cierran cuando los viajeros se dirigen hacia su próximo destino. Estoy tan emocionada que tengo ganas de potar.

—Intenta mantener la organización en los hoteles —dice mi padre, que saca mi maleta a reventar del maletero y me la entrega—. No abras la maleta y lo dejes todo por ahí tirado o vas a acabar olvidándote algo en cada país.

—Está bien —digo mientras acepto la mochila que me ofrece mi madre y cojo la maleta de mi padre.

La verdad es que sí noto una punzada de tristeza por marcharme. Por muy loca que me vuelvan mis padres, voy a echarlos de menos.

—Y que Tilly Tornado se quede en Estados Unidos, anda —dice mi madre, que me da un abrazo—. No queremos que pierdas nada importante.

Se me abre un agujerito diminuto en la burbuja de entusiasmo. Al oír el fabuloso apodo, ya no me da tanta pena marcharme.

—Os quiero —digo, y les doy a mis padres un beso más en la mejilla antes de volverme y caminar hacia las puertas automáticas de cristal, que marcan el inicio de mi gran aventura.

—¡No pierdas nada! —repite mi madre mientras yo franqueo las puertas y recibo la bofetada del gélido aire acondicionado.

—¡No se me va a olvidar nada! —digo hacia atrás mientras me despido con la mano antes de dirigirme hacia el control de seguridad.

Capítulo 3

Lanzamiento fallido

—TILLY—

me he olvidado de la maleta en el control de seguridad. Te juro que no ha sido culpa mía, pero es que, entre los empujones, mientras intentaba tener bajo control las zapatillas, la mochila y el teléfono y a la vez me inundaba el sonoro caos del aeropuerto, sumado a lo mucho que me excita todo, es posible que haya cometido el minúsculo error de dejarme la maleta en el control de seguridad.

—Se me ha escapado de la mano —le digo a la guardia de seguridad, que me mira con una expresión anodina—. Iba andando tranquilamente, con las manos sudorosas, porque anda que no hace calor aquí, cuando, ¡zas!, se me resbala la maleta y no sé si es que el aeropuerto está construido en pendiente o qué, pero ha vuelto aquí y por eso...

—Te la has dejado en la cinta —dice la mujer, que apunta con una sacudida de la cabeza hacia la máquina de rayos X.

—Pues... eh... ¿Ha oído usted hablar de la levitación?

La mujer pone los ojos en blanco.

—Acompáñame.

La sigo y me pide que me pare ante una gran bandeja metálica, sobre la que arroja mi maleta a reventar como si fuera un pedazo de carne.

Y entonces procede a hacer lo impensable.

Se pone unos guantes de látex, me abre la maleta y empieza a sacar cosas de ella.

A la vista de todo el mundo.

Y empieza, cómo no, con la ropa interior. Tampoco es que pudiera empezar con otra cosa. Saca puñado tras puñado de bragas de algodón y las coloca en la mesa, junto a la maleta rosa chillón. Hace un montón tan grande que me entran ganas de morirme. Pasa junto a nosotras un flujo interminable de personas y más de una vez se paran a volver a mirar el Everest de ropa interior que está creciendo sobre la mesa.

Lo siguiente es, alegría, mi suministro de tampones. Los va sacando caja por caja y construye una pequeña barricada en torno al monte Fruit of the Loom.

Después de lo que se me antojan horas hurgando en mis posesiones (inexplicablemente, es capaz de dejar todas las camisetas y vestidos en la maleta para que la ropa interior atraiga todas las miradas), me deja marchar con la firme advertencia de que no vuelva a dejar la maleta desatendida. Después de esta experiencia, me siento tentada a no volver a viajar con maleta durante el resto de mi vida.

Corro hacia mi puerta cual murciélago que acaba de escapar del infierno. No está siendo la experiencia de lujo en el aeropuerto que me había imaginado. No he podido sentarme en un restaurante carísimo y pedirme crema de espinacas y alcachofas como los adultos maduros. No llevo un café con hielo en la mano mientras me dirijo hacia mi puerta de forma sofisticada y moderna. No he examinado con detenimiento las tiendas del aeropuerto ni me he comprado revistas de moda de páginas satinadas que hojear durante el vuelo. No he echado atrás la cabeza ni me he reído intrigada con las palabras de un atractivo desconocido ni una sola vez.

En vez de eso, mientras me dirijo hacia el mostrador de mi puerta, estoy sudorosa y agotada, y puede que pierda el vuelo porque he estado corriendo en dirección contraria durante quince minutos antes de percatarme y darme la vuelta.

—Respira tranquila, cielo —dice la azafata de tierra, que me sonrío aterrada—. Vamos con un poco de retraso, así que llegas a tiempo.

Le doy las gracias sin aliento, con la respiración agitada de tanto correr, y franqueo torpemente la puerta para acceder a la pasarela que lleva al avión.

Cuando entro en la aeronave, me saluda una guapísima azafata de pintalabios rojo oscuro y un magnífico acento británico. No puedo evitar emocionarme al darme cuenta de que en mi destino estaré rodeada de acentos preciosos.

Me dirijo hacia el fondo del avión y meto la maleta en el compartimento superior junto con lo poco que me queda de fuerza tras haber corrido una maratón por el aeropuerto. Entonces me derrumbo en el asiento de ventanilla de la fila veintisiete.

Respiro hondo e intento calmar mi sistema nervioso, que es un hervidero.

En ese momento, sonrío.

Ya está. El mejor momento de todos. El que me va a cambiar la vida para siempre.

Apoyo la frente contra la ventanilla; el corazón me late con fuerza de la emoción. Tengo ganas de despegar, de dejar atrás el suelo, mi anterior vida y mis problemas. Tengo ganas de...

—Estás en mi sitio.

Mi bucle de pensamientos se ve interrumpido por una áspera voz de acento británico. Giro bruscamente la cabeza hacia el pasillo y me encuentro con un largo par de piernas con pantalones sastre negros.

Frunzo el ceño; por instinto, no me fío de quien no lleve pantalones elásticos en el avión. Son todos unos monstruos. Pero, cuando subo la vista por una camisa también negra y de vestir y llego hasta un rostro tan hermoso que me entran ganas

de morirme, decido que este atractivo desconocido es la excepción. Alguien tan guapo tiene que ser un ángel.

Si los ángeles fueran de negro y tuvieran la nariz afilada, una mandíbula tan marcada que podría cortar cristal y una mirada severa de desaprobación. Tendrá que ser un ángel caído.

—¿Qué? —logro espetar sin apartar la vista de su atractivo rostro.

Voy a ser sincera: los imbéciles de mi corazón y mi cerebro siempre han acumulado una acalorada tensión con literalmente cualquier persona de más o menos mi edad en el aeropuerto, pero este chico... En fin, llamándolo guapo me quedo corta.

El tío bueno... Un momento, ¿«tío bueno»? O igual en el Reino Unido lo llaman de otra forma. ¿Macizo? ¿Buenorro? ¿Pibón? A fin de cuentas, estoy intentando tener más cultura.

El pibón tiene el pelo cobrizo oscuro, que le cae en ondas sobre la frente. Los ojos de color marrón claro como la miel están enmarcados por unas pestañas frondosas y oscuras. Con los dedos largos se da golpecitos rítmicos contra la pierna, mientras fija la vista en algún punto en torno a mi hombro izquierdo.

—Es mi sitio —repite—. Y estás en él.

—Ah.

Me muerdo el labio inferior, con la esperanza de parecer encantadora y entrañable. Habría jurado que tenía asiento de ventanilla. Y por «jurado» me refiero a que ni lo miré, pero lo di por hecho porque ¿cuál es la gracia de volar si no puedes mirar las nubes y perderte por completo en tus ensoñaciones?

—¿Te importaría cambiarme el sitio? —pregunto—. Es que me gusta mucho sentarme en ventanilla.

El pibón me mira a los ojos por una décima de segundo, antes de volver a posar la vista en mi hombro.

—No. —Pausa—. Gracias.

Lo miro atónita, boquiabierta. Pues... ya estaría, se ve. Pues vale. Vale. Vale. El buenorro taciturno no se anda con tonterías cuando de asientos se trata y no le hace ninguna gracia. Y la verdad

es que me ha cortado totalmente el rollo y ahora tengo que pasarme diez horas sentada a su lado. Me encanta.

Me levanto con dificultad del asiento y me desplazo al de al lado, mientras alzo del suelo la mochila, que, para mayor incomodidad, se queda enganchada en todos los puntos en los que es humanamente posible. Intento ceñirme contra el asiento de pasillo para dejar espacio para que pase el pibón, pero este sigue a la espera, aún dando golpecitos con los dedos.

Tras lo que se me antoja una incómoda eternidad, los dos hacemos un gesto de la mano para indicarle al otro que se mueva, yo hacia su asiento y él para pedirme que me levante. Creo que a los dos nos pillan por sorpresa los gestos, porque a continuación nos movemos, vacilantes, hacia delante y hacia atrás, como gallinas picando grano.

El chico abre los ojos como platos, como si estuviera enfrenándose a un gato salvaje, y yo frunzo el entrecejo mientras la vergüenza me calienta las mejillas. Me levanto en dirección al pasillo para darle más espacio, pero, a la vez, el pibón decide adentrarse en la fila de asientos.

Y me golpeo la frente contra su mandíbula perfectamente marcada.

—¡Agghrrrhjh! —protesta, echando la cabeza hacia atrás.

Entonces me ceden las rodillas y me desplomo sobre el asiento de pasillo, y me llevo las manos a la frente.

No es que la mandíbula pudiera cortar cristal: es que podría haberme abierto el cráneo en dos. ¡La leche, cómo duele!

Noto como si el avión se hubiese quedado en silencio, como si se hubiese detenido el tiempo, mientras me sostengo la cabeza, que me late de dolor, y el pibón me contempla desde arriba con una mirada que imagino de rotundo espanto.

Finalmente pasa junto a mí, dobla las largas piernas para sentarse en el asiento de ventanilla y deja la mochila negra en el suelo, junto a sus pies. Me da ligeramente la espalda; los dos seguimos con la respiración algo agitada tras el incidente.

—Cómo duele —dice al fin el pibón, mirando por la ventana con el ceño fruncido y frotándose la barbilla.

Lo miro fijamente, boquiabierto; no me lo puedo creer. Habla como si fuera mi culpa.

—¿En serio? Porque a mí no me duele nada la cabeza —espeto—. Gracias por preguntar.

Se vuelve hacia mí, mirándome como si se hubiera olvidado de mi presencia. Siento cierta satisfacción al ver que se le sonrojan las mejillas y esboza un gesto avergonzado.

—Te está saliendo un chichón —dice frunciendo el entrecejo cuando se acerca para verme mejor la frente—. Deberías ponerte hielo —añade con total naturalidad mientras se vuelve a erguir en su sitio. Entonces asiente con seguridad, como si acabara de resolverme todos los problemas, y se vuelve hacia la ventanilla.

A estas alturas, me llega la barbilla al suelo del avión, y sigo mirándolo fijamente.

Vamos, hay que jorobarse. ¿Me golpea en la cabeza con esa mandíbula afilada y preciosa que tiene y me dice que me ponga hielo? Ni siquiera me ha preguntado si estoy bien. De pibón nada. Más bien... cabrón. O mamón. O cualquier otro sinónimo de «gilipollas».

Resoplo, me cruzo de brazos y clavo la vista en la polipiel agrietada del asiento de delante.

Llámalo clarividencia o intuición, pero me da la sensación de que este va a ser un vuelo muy muy largo.